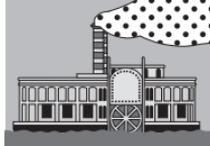


EL BARCO



DE VAPOR

Donde nace el sol

Federico Villalobos



EL forastero se llamaba Argos, y era un hombre extraño. Tenía el cabello blanco y el rostro arrugado de un anciano, pero su cuerpo era robusto, y se movía con el vigor y la agilidad de un hombre en la plenitud de sus fuerzas. Sus párpados estaban siempre entornados, como los de quienes han pasado mucho tiempo en alta mar, mas, bajo ellos, sus ojos refulgían con la claridad de dos luceros. Aunque era griego, se decía de él que había vivido muchos años entre los fenicios, una gente que habitaba al otro lado del mar y de la que en Grecia, en aquel tiempo, se sabía muy poco.

Nadie acertaba a adivinar qué se le podía haber perdido en Yolco a aquel extraño viajero, y no tardaron en correr por la ciudad los rumores más inquietantes, hasta que el propio Argos acabó con ellos al revelar que había nacido en el propio Yolco, hacía tanto tiempo que ya no vivía nadie que pudiera recordarlo. Se lo contó a Pelias, el hombre más rico y poderoso de la ciudad, cuando este hizo llamar al viajero y le exigió que explicara el motivo de su llegada.

—Estoy muy cansado —respondió Argos—, y siento que mi tiempo se acaba. ¿Te parece extraño que un

hombre desee cerrar sus ojos en el lugar donde los abrió por primera vez?

Pelias tuvo que admitir que aquel era un deseo razonable. El viajero había despertado su curiosidad, y cuando supo que había vivido en Fenicia, despertó también su codicia. Todo el mundo había oído decir que los fenicios amontonaban fabulosas riquezas. A Pelias se le ocurrió que quizá Argos conociera el secreto de la prosperidad de aquella gente, y le pidió que se lo revelara.

—Ya te lo he dicho, noble Pelias: estoy muy cansado. Te ruego que me disculpes.

Argos no dijo nada más. Se levantó y salió de la casa, dejando al hombre más poderoso de Yolco con un palmo de narices.

Pelias no fue el único que se sintió decepcionado aquella mañana. Argos conservaba, como si se tratara de un tesoro, un vago recuerdo del lugar donde habían vivido sus padres: una casita con una huerta, que se levantaba entre los olivos a las afueras de la ciudad. El viajero logró encontrar la casa, pero, cuando quiso acercarse, se le echó encima un enorme mastín, y si no llega a acudir en su ayuda un labrador que estaba trabajando en la huerta, lo hubiera pasado muy mal.

—No puedes estar aquí —le dijo el labrador, sujetando al perro—. Estas tierras son de Pelias.

—Debes perdonarme —se disculpó Argos—. En otro tiempo mi familia vivió aquí. Te he visto en la huerta, e iba a pedirte que me dejaras quedarme un rato para evocar viejos recuerdos. Pensé que la tierra sería tuya, ya que eres tú quien la trabaja.

—¿Mía, esta tierra? —el labrador sonrió de un modo triste—. Sí, una vez fue mía. Yo crecí aquí, como criado de los antiguos dueños. Supongo que se trataba de tu familia. El caso es que cuando ellos murieron, como hacía mucho tiempo que no sabían nada de su hijo (y ahora caigo en la cuenta de que ese debes de ser tú), me dejaron a mí la tierra. La trabajé durante treinta años. Pero hace seis inviernos, la cosecha se perdió, y yo me quedé sin nada que comer. Tuve que cederle la tierra a Pelias a cambio de alimentos. Ahora todo es suyo: la tierra, la casa, el mastín y la azada con la que trabajo. Yo mismo le pertenezco. En realidad, todo Yolco le pertenece. Así que lo siento mucho, pero no puedes quedarte aquí, a menos que Pelias te lo permita.

Argos se despidió del labrador con el corazón entristecido. Regresó a la ciudad, bajó al puerto y se sentó en el muelle. Los pescadores estaban descargando sus capturas. Con sus barquichuelas, de forma redondeada y poco más grandes que un tonel, solo podían faenar en aguas poco profundas. Nunca osaban alejarse de la bahía y salir a mar abierto. Aun así, su trabajo era muy duro, y las capturas cada vez más escasas. Aquel día habían tenido que regresar al puerto antes de lo acostumbrado, pues sobre el mar se estaba formando una tempestad.

Argos oyó a sus espaldas una voz que ya conocía.

—Veamos lo que me trae hoy este hatajo de gaudules.

Se volvió, y vio a Pelias rodeado de cuatro o cinco tipos mal encarados armados con bastones. Argos ya había visto a algunos de ellos en casa de aquel hom-

bre que se comportaba como si verdaderamente fuera el dueño de Yolco.

Los pescadores le mostraron a Pelias el producto de su trabajo: peces de roca, camarones y erizos de mar.

—Llévalo a mis almacenes. Decididamente, no he hecho un buen negocio asociándome con vosotros. Y tú —le dijo a uno de los pescadores, un hombre muy flaco que se mantenía algo apartado, sin levantar la vista del suelo—, ¿no pretenderás hacerme creer que solo has pescado ese pulpo miserable?

—Así es, noble Pelias —respondió el pescador, sin atreverse a sostenerle la mirada—. La mar está revuelta, y hoy no he tenido suerte.

—¡Dioses del Olimpo! —clamó Pelias, alzando los brazos hacia el cielo—. ¡Este miserable pescador me toma por tonto! ¿Crees que voy a seguir proporcionándote leña para tu hogar y aceite para tu lámpara a cambio de un pulpo canijo?

—Ya te lo he dicho, noble Pelias. Hoy no he tenido suerte.

—No la has tenido desde que este *chupasangre* se convirtió en tu patrón, Crisos —dijo un joven pescador de piel bronceada por el sol y cabellos negros y ensortijados, que acababa de amarrar su barca. Traía en ella una red repleta de sardinas y seis o siete cestos llenos de langostas.

—Vaya, aquí tenemos al afortunado Jasón —dijo Pelias en tono burlón—. ¿Cuándo te vas a decidir a trabajar para mí, querido sobrino?

El joven se echó a reír.

—¿Trabajar para ti? Ni lo sueñes. Entonces de-

jaría de ser tan afortunado como me consideras. Mira a Crisos: antes era el pescador más hábil de la bahía, y ahora ya ves cómo le va.

—¿De veras crees que soy yo el responsable de su mala suerte? —preguntó Pelias.

Jasón se echó a la espalda la red y los cestos y se encaró con él.

—Te diré una cosa, tío. Cuando uno es su propio dueño, la buena y la mala suerte le tocan por igual. Pero cuando el amo es otro, para él es toda la mala suerte, y el amo se queda con la buena.

Pelias frunció el ceño.

—Eres muy hábil con las palabras, sobrino. Demasiado hábil para ser un simple pescador. Deberías marcharte a Atenas o a algún otro lugar donde aprecien más tu ingenio. Me temo que Yolco es demasiado pequeño para que tú y yo quepamos en él. En cuanto a ti, Crisos, si quieres que sigamos siendo socios, ya puedes salir a pescar otra vez.

—No le hagas caso, Crisos. La tormenta ya está aquí. Salir ahora es demasiado peligroso. Piensa en tu mujer y en tus hijos.

—En ellos pienso, Jasón —respondió el pescador—. Por eso no me queda más remedio que volver a la mar.

Crisos saltó a la barca y se adentró de nuevo en la bahía. El oleaje era tan fuerte que la frágil embarcación tan pronto ascendía hacia las nubes como desaparecía de la vista, a punto de ser engullida por el abismo.

—Has enviado a ese hombre a la muerte —le dijo Jasón a Pelias.

—¿He sido yo o has sido tú, que no has sabido convencerle de que se quedara en tierra? Ya lo ves, sobrino, no eres tan hábil como todos creíamos. Tus palabras no lo pueden todo.

Jasón no dijo nada más. Se quedó de pie en el muelle, contemplando cómo se desataba la furia de la tempestad. Recordaba a Esón, su padre, que había encontrado la muerte en aquella misma bahía diez años atrás, cuando también él desafió a la tormenta para saldar una deuda contraída con su propio hermano, Pelias.

Sentado en el borde del muelle, Argos cerró del todo los párpados para no ver cómo el mar se tragaba a Crisos y a su barca.